

EL ALCOHOLISMO

Por el Ing. AGUSTIN ARAGON

A mi venerable amigo don Enrique C. Creel.

Temeroso el hombre de las penas, ha buscado siempre en el beber de vinos y cervezas, aguardientes y licores un lenitivo a sus amarguras, y excediéndose en el uso de ellos cae con frecuencia en tierra. Los que dirigen a otros, en las sociedades, por ser superiores a éstos, unas veces por su ingenio y otras en luces, desde la antigüedad más remota vienen luchando por poner a los viciosos en el camino del bien. Y así, vemos en el admirable libro de síntesis llamado la *Biblia*, que los Profetas conocieron las dos sobresalientes cualidades del más cautivador y engañador de los estimulantes, pues David dice gozosamente en el salmo CIII, en el que alaba el Profeta a Dios, por la creación y conservación admirable del mundo. "14. Tú produces el heno para las bestias, y la yerba que da grano para el servicio de los hombres; a fin de hacer salir pan del seno de la tierra. 15. Y el vino que recrea el corazón del hombre: de modo que, ungiéndose o perfumándose, presente alegre su rostro, y con el pan corrobore sus fuerzas." Y en el *Libro de los Proverbios Parábolas de Salomón*, capítulo XX, en el que recomienda el moralista huír de la embriaguez, y de ofender a los que gobiernan: evitar pleitos y la ociosidad, leemos: "1. Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entrega."

El gran filósofo inglés Herbert Spencer, al tratar de los estimulantes asienta que una sola excepción debe hacerse respecto de ellos, y agrega: "Es bueno tomar estimulantes en las reuniones de los días de fiesta que de tiempo en tiem-

po vienen a interrumpir la monotonía de la existencia ordinaria. Lo hemos visto antes: la repetición cotidiana de las mismas actividades, que nuestro estado actual ha singularizado inevitablemente, impone una tensión excesiva a ciertas partes del organismo. Bienhechor es turbar esa uniformidad y facilitar así el restablecimiento del equilibrio cooperando a que las funciones que han caído en un estado de desorden crónico, vuelvan a su condición normal. Por eso las reuniones sociales en que nos alegramos tomando variados y abundantes manjares y vinos, aun en gran cantidad, son altamente saludables, pues en vez de ser seguidas de una reacción nociva, déjannos en un estado de vigor más grande. Empero no debe recurrirse a los medios de obtener ese resultado sino accidentalmente, porque empleados a menudo se neutralizan ellos mismos."

Es de creer que Jesús de Nazareno tenía la misma opinión, sobre el particular, que sustentó el creador de la *Filosofía Sintética*, ya que, su primer milagro fué en honor del alcohol. Faltaba el vino, nos dice el predilecto San Juan, en las bodas de Caná, y al advertirlo Jesús o saberlo de labios de su madre veneranda, seis grandes odres de agua volviólas vino. Y hubo ya con qué regalarle en esa ocasión memorable. (Capítulo II).

Pablo, el gran Pablo, en su Epístola primera a Timoteo para instruirle en sus obligaciones, Cap. V, 23, sienta: "No prosigas en beber agua *sola*, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago, y de tus frecuentes enfermedades." Desde luego se ve, que el consejo del Apóstol es puramente personal y de circunstancias, para que se le asigne un alcance permanente, que no tiene; con todo, y analizándolo bien, indica que ese gran genio y profundo observador, conocía algo de las propiedades terapéuticas del alcohol.

El legislador moral de Oriente, el inmortal Mahoma, en el Cap. V de su *Alcorán*, que trata de la mesa, nos dice: "92. Oh creyentes: el vino, los juegos de azar, las estatuas y el consultar la suerte por medio de las flechas, son una abominación inventada por Satanás; absteneos de todo eso y vivi-
réis felices."

Por último, mi maestro Augusto Comte, en su *Politique*

Positive, tomo IV, pág. 285, escribe: "Toda regla alimenticia descansa sobre el concurso natural de dos motivos sociales: la obligación de economizar las provisiones acumuladas por el Gran Sér (la Humanidad) para la totalidad de sus servidores; y el deber de subordinar la conservación del cuerpo a la destinación del alma. Aquellos que se consideran como los dueños de las riquezas, de las que sólo son los administradores, no deberían olvidar que sus satisfacciones brutales imponen a otros privaciones injustas. Cuando la intemperancia se halla exenta de inconvenientes corporales, no deja de perturbar las funciones cerebrales, sobre todo las afectivas, y hasta las activas o especulativas. En este doble aspecto, sólo nuestros hábitos pueden explicar, si no excusar, la disposición universal a desarrollar la alimentación personal más allá de lo que exige o permite su destinación social. Pero el estado normal debe comenzar sobre todo en las dos clases llamadas a regenerar a las otras, porque ellas deben, al par, apreciar mejor la degradación nacida de tal abuso y respetar más un tesoro que las exime de producir. Las mujeres y los sacerdotes instituirán dondequiera la sobriedad positiva realizando y completando la admirable tentativa del Islamismo sobre la total eliminación del vino y de los otros estimulantes físicos, cuando la alimentación haya llegado a ser bastante fortalecedora. No menos propia para consolidar la salud, que para desarrollar la dignidad, esta iniciativa pronto será imitada por un pueblo dispuesto a cifrar la felicidad en el continuo ejercicio de los afectos simpáticos, cuyo predominio debe doblemente secundar el aludido régimen." Los otros estimulantes físicos a que se refiere Comte, además del alcohol, son el café, el té y el tabaco.

Borrachos de aguardiente conocí muchos en mi nativa aldea en los albores de mi niñez, y conozco no escasos botos de ingenio, por haber bebido espirituosos en exceso, que he tratado en mi vida. Acaso no haya sér consciente humano que no haya percibido *de visu* las malas consecuencias del embriagarse con bebidas espirituosas, pues harto frecuente es, por desgracia, que desde la infancia veamos degenerar al alcohólico en monstruo y despojarse de todo atributo de ra-

cionalidad, desdeñando de su carácter (cuando ha sido persona culta) y relajarse de todo en todo en su conducta. Al trasladarme a la ciudad de México conocí a otros alcohólicos, de vista a unos, y por su fama a colegas suyos, y curioso yo de noticias y por saber, corriendo los años, fuí instruyéndome sobre la materia, y leí de ella mucho en los últimos noventa de la postrera centuria en que confiaron en mí mis colegas de la *Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México* y me designaron para el puesto de su secretario. Allí, obligado con las finezas del maestro mío D. Manuel Fernández Leal, estudiaba en las publicaciones que recibía la Asociación, y perseverando en mi intento aquieté mi espíritu con las luces que me iluminaban, e inquietóse mi corazón con el conocimiento de los estragos producidos en el hombre por la ingestión que él hace en su cuerpo de venenosas bebidas que tienen variables cantidades de alcohol. Estimulado al estudio nuevamente con la elección de mi persona para el difícil puesto de presidente de la *Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas* en el año de 1919, y ansioso de sembrar con flores el camino de mis semejantes, reflexioné una vez más en nuestras miserias, y sigo con la empresa de ir sobre los vicios para mejorar de condición, en lo que yo pueda lograrlo, a mis hermanos viciados con las bebidas alcohólicas. Siete lustros hace que en Europa hubo una ardiente controversia a propósito del uso y el abuso del alcohol, y, como siempre acaece en las disputas sobre complexos problemas, abundó la susodicha en la difusión de mucho que es verdadero y de mucho también que es falso. El amor a los desgraciados y a la gloria, y la persistencia en la idea de resolver desde luego la cuestión, de un lado, y del otro, el espanto causado con la simple enumeración de los males que genera el alcoholismo, movió a piedad a los sabios, y muchos de ellos, esmerándose en sus investigaciones, fallaron ya en el asunto. Sabemos ya que determinadas cervezas no sólo no dañan sino que benefician a ciertas personas; y que son ricas de elementos valiosísimos para la vida, o de algunas vitaminas. A esos esfuerzos, por todo concepto loables, debemos lo que

ahora se conoce científicamente respecto del alcohol, quedando aún por indagarse de él mucho todavía.

El alcohol lo toma el hombre para sí en múltiples formas y con riqueza en grados que varía desde 3 hasta 95. Los ingredientes de cada preparación alcohólica tienen sendas y características consecuencias en el cuerpo humano, y las han estudiado los fisiólogos sujetándose en sus investigaciones a los cánones más severos del método científico; en sus obras hay abundancia de datos, y aquí únicamente resumiré aquellas propiedades del alcohol que pueden llamarse generales, a saber: I Produce en la boca sensación de ardor, que cuando es débil es agradable, y es, como las salsas, estimulante del apetito y de los jugos digestivos; los abstemios en más de un caso se regalan con buenas viandas que ellos reputan por inocentes y que han sido preparadas con vino. II. El salmista afirma que *el vino recrea el corazón del hombre*; el fisiólogo enseña que las primeras dosis engendran una sensación de *bienestar*, un sentimiento de acrecentada satisfacción; los bebedores de mi comarca, dicen: *para todo mal, mezcal; para todo bien, también*, y otras sentencias de la misma laya; plagiando a Gambetta, puede exclamarse: *hé aquí el enemigo*: pues en esa propiedad que David notó y Amicis pinta de modo inimitable, radica su principal atractivo y su principal peligro. La depresión que sigue a la borrachera excita a tomar nuevas y más numerosas copas, que cada vez producen un placer menor proporcional a su número, de donde se sigue el aumento en el vicio hasta llegar a litros completos. III. Es indudablemente un alimento cuando se toma en cantidades pequeñas, pues que lo oxidan los tejidos en que se infiltra, como le pasa al azúcar que tomamos. El Dr. Binz sostiene que las pequeñas dosis equivalen a los $\frac{3}{4}$ de su peso de aceite de hígado de bacalao. Un gramo de materia hidro-carbonada produce 4 calorías, 5 uno de azoada, 9 uno de grasa y 7 uno de alcohol. Los aguardientes de 95 grados cuyo consumo se ha generalizado entre nosotros y que una generación atrás casi ni se conocían, tienen 95% de materias hidro-carbonadas y 5% de agua, y 100 gramos de ellos dan 665 calorías. El hombre no ha menester alcohol en su alimentación; éste tiene la propiedad

harto grave de atacar las células del hígado y del cerebro; puede tomarse, pero sin olvidar que, aun en dosis pequeñas es un alimento venenoso, tanto más terrible cuanto más mal rectificado está. Falto de juicio es el que lo extraña de su mesa y lo compra al fiado, girando para pagarlo a cargo de su salud. IV. El alcohol retarda los cambios de destrucción y reparación necesarios a la conservación del organismo; y, por consiguiente, se ha empleado con buen éxito: para ayudar a sostener la vida en las fiebres agotantes o al descaecer por los años, y para levantar, cuando se aproxima el término de la jornada diaria, al que se ha fatigado de trabajar reciamamente. De la manera más enfática debe propagarse que el alcohol no aumenta la idoneidad para el trabajo, porque éste se efectúa con desgaste o destrucción de los tejidos, desgaste que el propio alcohol retarda o entorpece. En mi tierra los buenos observadores proclaman que los hombres de trabajo que acostumbren tomar aguardientes, deben hacerlo cuando hayan terminado su labor y no hagan ya más que entregarse al reposo. V. El alcohol estimula la función cardíaca lográndose con él que el corazón lata con más fuerza y más aprisa. Síguese de aquí que los médicos competentes lo prescriban, juntamente con el reposo completo, cuando una persona ha tenido desmayos por debilidad del corazón o cuando un paciente se recobra de una enfermedad agotante y el facultativo advierte que el pulso y el corazón están demasiado débiles. Es, por lo mismo, grave error, estimular al corazón obligándolo a una fatiga innecesaria. VI. El alcohol dilata las pequeñas arterias, de lo cual resulta un aumento en el flujo sanguíneo y que se calienten con él las partes superficiales del cuerpo. El Dr. Nansen en su expedición a las regiones árticas no permitía a su gente el uso del alcohol, pues conocía teórica y prácticamente que al dilatarse las arterias periféricas la radiación es mayor y se expone al intenso enfriamiento mayor cantidad de sangre, y baja de esa suerte la temperatura de todo el cuerpo, lo cual es muy peligroso. Todos los exploradores de los casquetes polares nuestros que han continuado en atrevidas navegaciones entre hielos y en el aire la obra geográfica de Nansen y cuantos le precedieron, han seguido

la sabia conducta de éste recordada. Es arraigada la opinión entre los pescadores de las regiones muy frías, y entre todos aquellos que en ellas trabajan a la intemperie y están expuestos a aterirse, que en esas condiciones el alcohol no preserva del frío. Ciertamente aumenta la producción de calor, y si la radiación se impide o es menor que esa producción, el cuerpo se calienta; mas para ello se ha menester que el ligero aumento de producción no sea contrarrestado por uno mayor en la pérdida. VII. El alcohol es diurético y aumenta la transpiración. Y VIII. Tras estimular todo el sistema nervioso es depresor del cerebro: paraliza primero las funciones más elevadas descendiendo luego a las inferiores, una después de la otra, puede causar el coma y la muerte misma. Harto sabido es que en el borracho se perturba primero la conciencia, luego la discreción se altera, en seguida viene en él la indiferencia a la verdad y, por último, obra sin preocuparse con lo moral. Legrand d'Aussy narra con mucho primor que en la Edad Media a un monje se le dijo que debía cometer un gran pecado para humillar su orgullo espiritual, y que se le dió a elegir entre el asesinato, la embriaguez y la fornicación; deseando el fraile pecar tan poco cuanto le fuere posible, optó por emborracharse. Hízolo, y ya ebrio pecó de fornicio y de homicidio. Porque el vicio del alcohol es fecundo en males, lleva al hombre a abandonarse a la prostitución y genera muchos desastres. La parálisis de nuestras más altas facultades cuando el hombre ha bebido alcohol en demasía, es típica, como lo es también la pérdida de la estación erguida, como lo es igualmente la propiedad de ver dobles los objetos y de repetir las palabras, pues la estación erguida, la imagen única y la locución clara, significan que el hombre tiene pleno dominio sobre ciertos actos musculares muy delicados y complejos. En las intoxicaciones profundas con alcohol se pierde una energía tras otra y la vida misma en los casos extremos.

Los caracteres del alcohólico son muy conocidos: I. Una degeneración general de toda su naturaleza que comienza por las funciones cerebrales elevadas. II. La pérdida notable de la facultad de dedicarse al trabajo y de consagrarse a él en-

teramente. III. La crónica inflamación de la garganta y el estómago, con dispepsia, pérdida del apetito y aumento de sed, muy bien descritas las últimas en un viejo cantar inglés, que dice así:

*"I cannot eat but little meat,
My stomach is not good;
But sure I think that I can drink
With him that wears a hood."*

Comer no puedo sino carne escasa,
no está bueno mi estómago; mas juro
que con quien usa capuchón, seguro
puedo beber y hasta beber sin tasa!

En la curación de los bebedores es fundamental alimentarlos bien y regularmente, de suerte que la sed no se aumente con la necesidad natural del sustento. IV. Envenenado el corazón con las dosis excesivas de alcohol, degenera; y ya se engrasa o simplemente se dilata, deja de funcionar como debe, y sobreviene la hidropesía y con probabilidad la muerte, ocasionada por cansancio de esa noble víscera. V. Las arterias de los bebedores pierden su elasticidad y son como las de los hombres seniles; un borracho es más viejo por sus tejidos, ya endurecidos, que por sus años. VI. Los riñones degeneran en los alcohólicos y sus propias células se ven invadidas y opresas por la formación de tejido fibroso. VII. El hígado se engrasa o se vuelve fibroso, o las dos cosas a la vez; se contrae, y, como consecuencia, los conductos biliarios y las venas se comprimen, el estómago se congestiona más que antes, la sangre se vomita a las veces copiosamente y el cuerpo y las piernas pierden su forma y conviértense en masas deformes e hidrópicas. VIII. Los nervios se truecan en muy doloridos y después se adormecen los pies y se paralizan. IX. El *delirium tremens* o delirio con terrores muy común, y también son frecuentes las visiones terribles, las alucinaciones y los recuerdos perversos. X. La locura crónica puede sobrevenir y sin salirse de la verdad se afirma que el diez por ciento de los que moran en las casas de orates están allí por el vicio de

la borrachera. XI. El alcoholismo favorece todas las dolencias que Bouchard consideró producidas por las incompletas combustiones o los retardos nutritivos. Y XII: Predispone a la tuberculosis pulmonar, por la desorganización general que provoca, y precipita de lo alto aun a los más vigorosos organismos.

El hábito de tomar alcohol es de los que más fácilmente se forman y la tendencia a aumentar la dosis pocos la dominan por eso los médicos recomiendan como el mejor preventivo del alcoholismo, la completa supresión de las bebidas espirituosas en todas las ocasiones. He conocido rancheros en mi tierra caliente dueños de su voluntad, pero cuán pocos son los hombres así, o los que saben dominarse. El alcohol es un estimulante que esclaviza, y a tal grado ahonda en nuestro sér trocándolo en otro y privándolo de la noción de la responsabilidad, que, gentes de grandes prendas resisten a toda clase de castigos, físicos, intelectuales y morales, sin que ellos influyan en algo para alejarlas del vicio. El bebedor es un esclavo que casi lucha en el aislamiento contra su feroz tirano. El ideal de Comte, que fue también su práctica, del constante trabajo sin acudir a los estimulantes, es un ideal puro, noble y bueno, y, aunque no lo alcancemos plenamente debemos trabajar por acercarnos a él cada vez más con invariable firmeza en nuestro designio.

Lujuriosa cosa es el vino, decía Salomón; y dijo bien. Ex-cita a la unión carnal y como de ésta sale el mayor número de los que arrastran la pesada cadena de los males venéreos, mucho ganaremos para la total extinción de éstos, si logramos que los hombres sean flexibles a la razón y con esa preciosa arma flanqueamos al enemigo que se llama *el alcoholismo*, pues cuando éste prepondera reina el abandono a todos los viciosos.

Son pecados que el hombre asocia, el de la embriaguez y el de la lujuria; se aduna el uno con el otro, y si en esta *Sociedad* contribuimos con nuestro esfuerzo para lograr la temperancia y la castidad, habremos cumplido con nuestra obligación. Augusto Comte, John Stuart Mill y Herbert Spencer y otros moralistas de la centuria postrera, nos dejaron áureas

páginas en que señalan la buena senda a los hombres. Spencer, dice en su Moral: "La castidad contribuye a la elaboración de un estado social superior con tres modos diferentes. Primeramente, facilita la crianza de los hijos. Casi donde quiera, pero sobre todo en los países en los que una competencia intensa dificulta la educación de los hijos, el abandono de éstos en manos de la madre entrafía el agotamiento de la última y produce la insuficiente alimentación de la prole. Así, pues, la incontinencia es causa de la procreación de seres inferiores, y si se generaliza acarrea fatalmente la decadencia de la sociedad. La incontinencia obra también como causa en un segundo punto de vista, oponiéndose al establecimiento de la monogamia como regla normal de las relaciones entre los sexos, y contrariando, por tanto, la manifestación de los elevados sentimientos que dictan las relaciones de ese género. En las sociedades caracterizadas de inferiores por las formas del matrimonio o de las relaciones irregulares, aquella potente combinación de sentimientos: el afecto, la admiración, la simpatía, maravillosa manifestación del instinto sexual, no puede revalarse libremente. Cuando falta la pasión de orden complejo que evidentemente presuponen las relaciones entre un solo hombre y una sola mujer, desaparece el interés supremo de la vida y subsisten sólo los intereses subalternos. En todas partes donde predomina la incontinencia, divorcia los elementos elevados de los factores de la relación sexual de sus elementos inferiores: la raíz podrá aún alimentar algunas hojas, pero no volverán a contemplarse verdaderas flores. La falta de castidad tiene al mismo tiempo como efecto cegar la fuente de cierto número de placeres estéticos de los más vivos. Basta recordar el preponderante papel que desempeña el elemento ideal del amor en la novela y en el teatro, en la poesía y en la música, para notar que toda influencia que combata su expansión, tiende a disminuir si no a destruir completamente, los goces más intensos y los más dignos de ocupar los vagares de la vida."

México, a 11 de marzo de 1930